

EL AMANTE DE CIEN MUJERES



Era María en esta vida
una cosa deliciosa,
olía como los claveles,
cual un jazmín ó una rosa,
por eso reviento y bramo
de oír el nombre de Marfa.

Yo adoré á Julia y á Inés
con un amor muy constante
pero las dos me cambiaron
por hallarse otro marchante.

Yo sufri aquél desengaño
y me quejé á mi fortuna,
me duró todito un año
hasta que me hallé otra tuna

Le hablé entonces á Juanita
y me dió franca su mano,
yo le hablaba de lucero
y ella me decía de hermano.

Era tan larga mi lengua
y vertía mucho veneno,
pero ella á mí me trataba
por hombre muy santo y bueno

A Esperanza la corrí
pues la hallé con Timoteo
la mandé á guisar frijoles
y la separé de empleo.

A Margarita encontré
abrazando al escribano,
porque á ninguno respeta
sea francés ó sea africano.

Por ella yo fui á tener
en poder de la justicia,
porque era muy pretenciosa
y amiga de la avaricia,

Esther, Ruperta y Emilia
me tienen por tonto y necio
luego las abandoné
y ya no les hice aprecio.

Yo nunca supe por qué,
pues hasta ahorita lo ignoro,
las malvadas les gustaba
la compostura y el oro.

Ví á Jacinta muy hermosa
fresca, bonita y lozaña,
con sus mejillas de rosa
y con sus labios de grana

Pero vía á causarles risa
con la dichosa Jacinta,
no era propio su color
pues la malvada se pinta.

Carolina yo la amaba
porque era conmigo casta,
le gustaban los paseos,
para todo era entusiasta.

Yo la espiaba noche y dia,
amigos, quién lo creyera,
que esta mujer la curara
en la noche una partera.

Rosita, siempre rezando
novenas y letanías,
pero sí á mí me citaba
que fuera todos los días.

Pero si yo estaba preso,
ella bien goza y se alegra,
pues tiene cara de flauta
y como carbón de negra.

Oye, Andrés, me decía Concha,
yo se que tú eres un sabio
de todito lo que tú hablas
no más me fijo en tu labio.

Pero qué há de conocer,
á poco soy un portento;
si en toditita mi vida
no he sido más de un jumento

Yá no quiero á las muchachas,
lo mismo son mil que cero,
porque ellas no aínan al hombre
sino que aínan al dinero.

No hay en el Mundo mujeres
que no critiquen á alguno,
entra Pedro, Juán y Pablo
y así ván de uno por uno.

Si son tainbién las viejitas
esas que yá tienen canas,
parece que ya no quieren
todas las cosas mundanas,

pero verán que á deshoras
las malvadas abuelitas
suelen dar todos los días
á varios algunas citas.

En fin, todito lo escrito
les diré con fé sencilla,
que inerezco unos aplausos
tan solo por mi letrilla.

Aunque esto yo lo escribí
y yo mismo lo estuve haciendo,
debo decirles, señores,
que ni yo mismo lo entiendo:

Manuel Flores.

Es propiedad de Eduardo Gue
rero. Se prohíbe la reimpresión.